

A vueltas con Cataluña

Pasados el fragor de la campaña, las elecciones y las descarnadas secuelas de su previsible resultado, repaso la ceremonia de confusión que vivimos -y estoicamente soportamos- los habitantes de la otrora dulce, cordial y fabril, y ahora hosca, febril y poco idílica, Cataluña.

Como reflexivo y permanente espectador -más de 50 años allí-, me atrevo a desgranar algunos de los pretextos, falacias y argumentos que han conducido a este desencuentro. Ni que decir tiene que mi visión tiene un claro acento constitucional. Intentaré sofocar mi natural deriva procurando ser objetivo y no hacer de bombero-pirómano.

Sostienen los nacionalistas moderados que el encaje de Cataluña en España fue un "casus belli" -1714- que forzó la voluntad popular y se impuso por las armas; y que, por eso, el problema reaparece con periodicidad en tiempos de crisis y zozobra. Mantienen, además, que un respetuoso reconocimiento a su singular condición identitaria, más una cultura, educación y hacienda propias, frenaría y reorientaría el actual alejamiento. Entiéndase, pues, que la buena intención del "café para todos" de Suárez fue un parche que tenía -en el ideario de esta gente- precoz fecha de caducidad. Añádase, para los no avisados, que el postulado histórico con el que detentan y amparan la demanda no tiene rigor, pero que habrá que aceptar "pulpo como animal de compañía".

Si las tragaderas para con los moderados son de un arduo y espinoso engarce constitucional, las de los "nacionalistass" rabiosos son inasumibles por pueriles y caducas. Por desgracia, no estamos hablando de la postura que defienden unos cuantos desencantados. Han hecho causa popular y frente común un enorme enjambre de fanáticos, ilusos, resentidos, mesiánicos e iluminados... de visionarios, xenófobos y racistas, pseudo-historiadores y falsos economistas, con otros muchos ignaros y desnortados. Y los renegados, muchos renegados, hijos y nietos de la sufrida -y muy nutrida- emigración española en su segunda y tercera generación que, como los judíos conversos de antaño, excitan y proclaman con golpes de pecho y griterío -a falta de pedigrí- un

tenaz y ferviente latido soberanista de lengua y sangre.

Conforma todo este "totum revolutum" una dispar mayoría parlamentaria -que no plebiscitaria- muy exaltada y activa que dispone de todos los resortes y medios propagandísticos, humanos y económicos imaginables y que, para más inri, tiene enfrente una oposición opaca, mal articulada y poco combativa. Añadamos TV3 y sus canales adláteres; la enseñanza en su totalidad; el casi completo de la prensa digital y escrita; las radios y teles locales; las redes sociales -alcanza hasta la aséptica ¡wikipedia!-; el arrebatado y turbio Ómnium Cultural; la desquiciada A.N.C.; y la casi generalidad de museos y centros culturales; la abadía de Montserrat en particular y la iglesia en general -más o menos veladamente-, y en fin, hasta el todopoderoso Barça, es sede y sensible escenario, amén de altavoz elocuente del nacionalismo rampante; y se comporta como un gran atizador de pasiones, pitos, chifles, escarnios y otras complacencias antiespañolas.

No sería ecuánime arrojar todo este mundo a los leones. No sólo ellos tienen la culpa. La lerdada desidia y continuada deserción estatal, junto con oprobiosos complejos históricos, además de la vergonzante rapiña y los gravosos compromisos electorales consentidos -en época de minorías-, así como la creciente y sistemática corrupción y deslealtad tolerada por los sucesivos gobiernos de uno u otro color, nos han encaminado a este lamentable escenario.

Ni las penosas "ocurrencias" de Zapatero, concediendo alegremente al sórdido mundo del tripartito de Carod-Rovira un disparatado Estatut -una mostrenca constitución intervencionista- que nadie había demandado, ni la ríspida postura de un Rajoy incólume y legalista, amparado en el confort de su mayoría absoluta, han sido capaces de imaginar remedios o aportar soluciones.

Si los políticos estatales sufren en estos menesteres, sus pares autonómicos no les van a la zaga. Enrocados en su postura de trileros funambulistas desafían cualquier atisbo de lógica, serenidad o lucidez. Su ideario se nutre y regurgita en dogmas de la doctrina nacionalista

-excluyente- que destila pensamiento único. O eres de los míos o estás contra mí ¡Y Cataluña soy yo! -si no piensas así eres un mal catalán españolista-. Este conflicto, ya opresor y sofocante, se acusa más en el ámbito rural, y se diluye en Barcelona y su cinturón metropolitano.

Con tan precarios mimbres y encontradas posturas se necesitarán estadistas sagaces -¡y no los tenemos!- que sepan tejer fino encaje de bolillos para tender puentes y acercar posiciones. Y, de momento, nadie está por la labor. Sólo algún político de mudable condición y parcamente fiable -heredero de Cambó- defiende el entendimiento y el sentido común entrabadas partes, aunque de momento resulte la voz que clama en el desierto.

Mientras tanto, las relaciones humanas y sociales se enrarecen y quebrantan; al tiempo que la desconfianza entre los de uno y otro bando se acrecienta. Ajena a todo esto, la impresentable gobernanza del territorio se instala en una permanente orgía de nacionalismo rancio y autocomplacencia ¡Y nadie protesta! Ante cualquier queja, la respuesta es siempre la misma: victimismo, bandera y ¡la culpa la tiene Madrid!

Un panorama provinciano y desolador; conformado por una sociedad ahíta de soberanismo y dividida, ahora, por el torpe "ombliguismo" y el burdo afán de la recuperación de tan arcaicas como trasnochadas esencias. Como bien cabe suponer, en una sociedad tan compleja y poliédrica, ni todo son luces ni todo sombras. Se necesitarían más de dos folios para dar cumplida respuesta al encargo requerido por Gaceta de La Solana. Pero eso lo haré otro día.*

JESÚS VELACORACHO JAREÑO
Vilafranca del Penedès